

Cuando vió á las dos mujeres, mandó parar; se apeó y ofreció su asiento.

La señora de Breteuil aceptó, y las dos jóvenes se acomodaron juntas en el lugar que había abandonado Reyer.

Este permanecía inmóvil al lado de las ruedas en el momento en que el coche se puso en marcha. Rosina notó en la mirada de su amiguita una ternura exagerada, que la sorprendió. Siguió la dirección de esa mirada y vió que iba dedicada á Edmundo.

Permaneció abatida por un punzante dolor que sintió en su corazón.

Mientras Norina elevaba en Reyer sus ojos apasionados y tiernos, el joven, que no lo había advertido, hizo una señal de adiós dirigida á todos, y una agradable sonrisa que sólo era para Rosina.

Esta recobró en seguida su calma, turbada únicamente por el recuerdo del padecimiento intenso que acababa de sentir. Lignón, testigo de esta escena, no había cesado de contemplar amorosamente á su ídolo, con gran regocijo de un marinero sentado en frente de él; pero Justino, que no reparaba en pequeñeces, siguió con la vista al vehículo, hasta que desapareció éste, envuelta en una nube de polvo.

X

Al enterarse la madre de Norina de cuanto la señora de Breteuil manifestaba en su carta, dió tal brinco, que su hijo mayor se permitió preguntarle la causa, recibiendo un bofetón tan tremendo que tuvo que salir al jardín para meditar sobre las consecuencias de su impertinente curiosidad. La de Guerbois, elevada

hacia un instante á la importante categoría de una madre de familia á quien se solicita una hija en matrimonio, varió tanto en su modo de ser, que no parecía la misma señora del día anterior.

Norina, pedida por un joven de buena sociedad, ocuparía una posición magnífica... valía la pena de reflexionar. Puede existir la certidumbre de haber dado á una hija una educación superior á su clase; la convicción de que la niña abunda en méritos; de que posee virtudes y goza de encantos y belleza; pero nunca se tiene la seguridad de llegar á desprenderse de ella, para concederla á un yerno conveniente.

¡Ah! Si las costumbres permitieran que se agarrase por la solapa al primero que pasa por la calle, para decirle: «Señor mío, me convenís perfectamente; sois el yerno de mis sueños; vuestra fortuna, vuestra conducta, vuestra posición y vuestra elegancia están de acuerdo con mis ideas; tomaos la molestia de entrar; vais á casaros con mi hija...» ¡cuán dichosas serían las madres de familia! Se las vería recorrer triunfantes las tiendas para encargar lujosos equipos, arreglados á la última moda.

Desgraciadamente, la sociedad actual ha otorgado esta preponderancia á los hombres. Ellos son los que dicen: «Señora, la fortuna, las relaciones, las esperanzas y el color de los cabellos de vuestra señora hija me convienen por completo. Dignaos concedérmela para casarme con ella, yo os prometo hacerla completamente dichosa, por lo menos durante seis meses».

Norina había encontrado en su camino uno de esos jóvenes valientes, uno de esos hombres heroicos que afrontan la futura suegra y la ceremonia indispensable, que quieren someterse á llamar cuñado ó cuñada,

á un ser humano de quien no tenían la menor noticia, y que, en adelante, serán los solos responsables ante la ley y ante la sociedad, de todas las extrañas ideas que son capaces de pasar, en un momento dado, por la cabeza de la mujer que asocian á su destino.

Esto era tan hermoso, que parecía inverosímil.

La señora Guerbois tomó su sombrero y se dirigió á las oficinas de las Aguas de la Ciudad.

El señor Guerbois leía el periódico cuando entró su mujer. La conversación fué breve y puede resumirse en dos palabras:

—Ese muchacho la quiere, puesto que desea casarse con ella; si verdaderamente tiene una posición aceptable, seríamos unos imbéciles en rehusar tan buena ocasión.

—Tienes razón—exclamó la señora de Guerbois;—mas ¿y si ella no quisiera?

El señor Guerbois conocía á su hija, más de lo que parecía; pero, acostumbrado de larga fecha á verse tratado con aspereza siempre que emitía una opinión contraria á la de su consorte, había guardado silencio prudentemente ante muchos actos que estaba muy lejos de aprobar.

—Norina querrá siempre lo que la sustraiga á los trabajos de la casa. Gastamos cinco mil francos para seis, tendrá cuatro mil francos para dos, su consentimiento no es dudoso.

—¡Oh!—exclamó la señora indignada.—¿Crees que mi hija fundará su felicidad en prejuicios de ese género?

—Creo que la niña estudia toda clase de consideraciones, querida—se apresuró á añadir Guerbois;—pero puedes estar segura de que rehusaría á un hombre que no tuviese un cuarto. .

—Y tendría mucha razón—interrumpió la madre.

—¡Pero muchísima!—repitió dócilmente el padre,—y por eso se alegrará de poder casarse con un hombre que le proporcione su bienestar.

—Sin embargo, no se puede aceptar así; parecería que la arrojábamos en brazos de ese señor—dijo la esposa, moderando su imperioso acento.—Es preciso hacer algunas objeciones.

—Si quieres creerme, no hagas muchas—aconsejó prudentemente el funcionario de las aguas.

Su mujer lo miró con un indescriptible desprecio.

—¡Como si no supiera yo lo que tengo que hacer!

Y después de un corto silencio, añadió:

—Creo que debía ir allí para ver lo que pasa.

—¡A Dieppe!—exclamó el señor Guerbois asustado.

—Sí, á Dieppe; ¿por qué no?

—Nos va á costar mucho el viaje—advirtió el padre de familia.

—¡No importa! ¿Crees que para casar á Norina no tendremos que aflojar la bolsa? Ya disponemos de algunos ahorros para ese objeto; la cosa es saber aprovecharlos oportunamente... Mañana mismo me voy.

—Pasado mañana... así parecerá menos precipitado el viaje.

—Sea, pasado mañana—terminó diciendo la esposa, que por primera vez cedía sin ocasionar una disputa. Al fin y al cabo no perdía gran cosa.

La idea de casar á su hija y la de ir á Dieppe, le producía una sensación nueva y singular; le parecía que entraba de pronto en el gran mundo y que ocupaba en él un lugar muy visible.

Mientras la señora de Guerbois arreglaba su traje de seda negra y cambiaba las flores de su sombrero, Lignón sitiaba á su futura, la cual encontraba siempre

fijos en ella los apasionados ojos de aquel enamorado joven.

Este halló dos recipientes muy á propósito, para depositar su inconmensurable ternura y para ayudarle á soportar con menos impaciencia los interminables días de espera.

Uno era Muriel, que escuchaba con silencio las apasionadas diatribas de su amigo; el otro, Edmundo Reyer, que le interrumpía más á menudo, y que hacía ver cruelmente al amante, la realidad de las cosas.

—¿Os ama ella?—le preguntó un día, de repente, al volver la esquina de una calle.

Quizás nadie se haya fijado, en lo bien que se hace una pregunta embarazosa. al doblar una esquina; podría decirse que las preocupaciones antiguas se han quedado al otro lado de la calle, y que se impone la necesidad de nuevos argumentos.

—¿Amarme? ¡Me amará! ¿Cómo puede ser que una ternura como la mía no penetrase en ella hasta con-moverla? ¡No me puede amar todavía; pero creo que no me mira con ojos indiferentes!

Reyer se acordó, de pronto, de ciertas miradas de Norina. Tampoco él podía decir que lo había mirado con indiferencia; más de una vez se hubo quedado sorprendido y aun cortado, por la insistencia con que la ingenua clavaba en él su cándida mirada.

Examinó de reojo á Lignón, cuyo perfil se reflejaba en los cristales de las tiendas que se hallaban al paso.

Lignón tenía cara de creerse amado; este muchacho no había dudado nunca de nadie. ¿Por qué había de sentir inquietudes en amor, donde hasta los más hábiles pierden toda clarividencia?

Cuando desembocaba delante del hotel Nacional,

Justino se estremeció, y cogiendo á Reyer del brazo, le dijo no muy quedo:

—¡Ay, amigo mío, me tiemblan las piernas; ahí está!

—¿Cómo os produce semejante efecto? ¡Pobre Justino, entonces casaos pronto!

—¡Cuán linda es!—decía Lignón sin escucharlo;— ¡y tan buena, y tan... inteligente!

—Pero ¿la conocéis bien? Creí que apenas habíais hablado con ella.

—¿Se necesita hablar con una joven, para conocer su alma? Querido amigo, esos seres deliciosos se descubren por la mirada, por la actitud; en sus movimientos inconscientes, se encuentra el secreto de su pensamiento.

—¿Entonces,—dijo Reyer, que era amigo de lo positivo,—la conocéis muy poco?

Lignón hizo un gesto de contrariedad.

—La conozco, como pueda conocerla su propia madre y acaso mejor. Desde hace dos días la veo ir y venir, sin que ella sepa que la observo, ignorando que mi vida está suspendida de su mirada; ¿creéis que no he penetrado en el fondo de su virginal candor? Ese corazón recto no tiene secretos para mí, porque yo soy un explorador del alma humana...

Reyer no le escuchaba ya. ¿Para qué?

Cuando un hombre de mundo, que tiene treinta años, no ha producido nada por ningún estilo y se anuncia como un explorador del alma humana, es preciso renunciar á inspirarle toda idea práctica.

¿Ignoraba Norina que los amorosos ojos de Lignón la segufan por todas partes?

Reyer no se engañaba; era evidente que la joven sabía perfectamente el motivo de la permanencia de

Justino en Dieppe y de su hospedaje, encima de un almacén de básculas.

Estaba muy bien enterada de que Lignón había pedido su mano; la señora de Breteuil había escrito á sus padres, los cuales contestaron anunciando el viaje de la señora Guerbois. En el modo con que la de Breteuil le dijo: «Tu madre viene á pasar dos días con nosotros»; la ingenua comprendió que la proposición de casamiento había sido aceptada *á priori*, y desde este momento, previsto por ella desde su primer encuentro con Justino, no cesaba de medir, en su cabeza, las ventajas y los inconvenientes de esa nueva situación.

¿Debía aceptar?

Es evidente que sí. Todo era preferible á continuar remendando ropa y viviendo económicamente.

Impuesta de que Justino disponía de cuatro mil francos, para él solo, creía la inexperta niña, que esta suma era una mina inagotable. Con tal sueldo se podría vivir holgadamente, y, á más de él, contaba también con la ayuda de su protectora. Todos los años, la buena señora dedicaba algunos cientos de francos al tocador de la sencilla joven, que ahora, cuando se casase, debería vivir en una esfera más elevada, y, por consiguiente, sería necesario aumentar el presupuesto de la de Breteuil.

¿Le gustaba Lignón? Ni mucho menos. En esto no cabía duda alguna. Tampoco puede decirse que le desagradase; le inspiraba, simplemente, la más absoluta indiferencia.

Si hubiera podido elegir, Norina se hubiese casado con... ¿Muriet?... No: con Reyer.

Este presentaba tales ventajas que no podía ser comparado con los otros. Era una de las más arrogan-

tes figuras que se encuentra, y poseía una renta de veinticinco mil francos, que, para Norina, eran como los diamantes y las maravillas de las «Mil y una noches»; pero lo que más influía para que la joven le desease era lo poco que Edmundo se preocupaba de ella. No quiere esto decir que faltase el joven á las reglas sociales; al contrario, la trataba con demasiada política, mezclada con un poco de benevolencia; lo mismo que se trata á los niños; Norina no era, á sus ojos, una mujer.

¿Qué no hubiese dado ella porque le dirigiese una de esas miradas con que Lignón la envolvía?

¿Qué tinte más apasionado debería de tomar la ternura en sus ojos, profundos y tranquilos!

¿Cómo haría para encender en aquella mirada risueña y respetuosa la llama del amor mudo?

Aunque la naturaleza la había dotado ventajosamente, Norina no poseía todos los recursos peculiares á su sexo.

Conocía la fuerza del candor, había ensayado el poder de su mirada angelical, y siempre le había dado buenos resultados; se figuró que con Reyer podría usar de las mismas artimañas.

Durante los dos días que precedieron á la llegada de la señora de Guerbois, tendió Norina al joven las más disimuladas tramas. Para poder hallarse á solas con él, para ir á su lado en el paseo y hablarle, con su melodiosa voz, de las fatigas y cuidados que exige una casa modesta, para todo eso desarrolló más diplomacia y mayor astucia de la que se necesitaría para la realización de importantísimo y transcendental negocio.

Edmundo la dejó hacer, caminar, hablar; nada en él demostró la menor sorpresa; desde los primeros días pudo penetrar, no la profundidad de los caprichos

de la joven, casi una niña, sino la costumbre de encubrir con su cándida apariencia la ejecución de sus maquiavélicos planes. El natural talento de Reyer, le presentaba las cosas, según eran. Por otra parte, esa especie de repulsión instintiva que se apodera de las almas que sienten un amor sincero y los libra de los lazos de la coquetería se localizó en Edmundo, permitiéndole adivinar las baterías que la bella ingenua tenía en derredor suyo. Todo esto hizo germinar en el joven cierto sentimiento, que él no quería calificar de antipatía hacia la joven; pero que, no obstante, conceptuaba como un insoportable malestar.

Norina era bastante lista, para no comprender que Edmundo amaba á Rosina, por la cual era correspondido, y que si ese amor no era públicamente declarado, existiera, probablemente, algún serio motivo que lo impidiese; tampoco se ocultaba á la imaginación de la ingenua el que la señora de Anglois estaba impuesta de aquellas relaciones y las aprobaba.

Todas estas ideas hubiesen debido alejar de una joven honesta el pensamiento de turbar una pasión que no trataban de ocultarle. Reyer no quería juzgar la conducta de Norina, conducta que en un hombre castigara severamente.

Así las cosas, apareció la señora de Guerbois. Entre ella y la de Breteuil hubo una larga escena de efusión é inquietudes materiales, que fastidió grandemente á la anciana. Terminada la primera expansión, y una vez que ambas amigas supieron á que atenerse, se mandó venir á Norina.

Tímida y encantadora, se presentó ésta ante las dos señoras, quienes la invitaron á tomar asiento, lo cual verificó con una modosidad digna de encomio, colocándose á respetable distancia de las venerables damas.

—No tan lejos—dijo la señora de Breteuil;—tenemos que hablar íntimamente.

Norina aproximó su silla, y se acomodó frente á sus jueces.

Después de un pequeño exordio, la madre sintió flaquear sus fuerzas, y fué su amiga quien anunció á la joven la honrosa proposición que le afectaba.

—Ya sabes—concluyó la excelente mujer;—si ese señor no es de tu agrado no debes casarte, pues sería un disparate. Contesta francamente: si no tienes interés, eres aún muy joven y no te faltará tiempo para encontrar otro. ¿Te gusta el señor Lignón, sí ó no?

—No me disgusta—contestó la joven, bajando los ojos.

La señora de Guerbois se deshizo en lágrimas, y se sonó con tanto ahinco que su nariz quedó colorada para el resto del día.

—Luego, ¿consientes en aceptarlo?—dijo la señora de Breteuil, á quien, dada la gravedad del caso, parecía poca toda precaución.

—¡Si papá y mamá lo permiten!—respondió la irprochable joven.

La señora de Guerbois abrazó con efusión á la hija á quien tan bien había educado.

—Pues bien, en ese caso—repuso la de Breteuil—creo inútil prolongar por más tiempo el martirio de ese pobre muchacho. Vamos á invitarle para que después de comer venga á visitarnos.

Justino se presentó muy pálido, estaba enterado de la llegada de la señora de Guerbois y no dudaba del buen resultado de su proyecto. Le anunciaron que sus deseos estaban cumplidos; dió un abrazo á su futura suegra, otro á la señora de Breteuil, que no tenía gran interés en recibirlo, también al mismo señor Bre-

teuil, cuyo interés era aún menor, y finalmente á su futura, que no lo hubiera echado de menos.

A la hora del baño, toda la ciudad vió con admiración aparecer á la feliz pareja que caminaba despacio dándose el brazo bajo la vigilancia de la familia representada por la señora Guerbois, y el matrimonio Breteuil; era bastante imponente y perfectamente ridículo; pero Lignón lo había querido así, y la señora de Breteuil, habiendo reconocido la imposibilidad de evitarle que lanzase su fluido magnético sobre Norina, á la vista del público, concluyó por preferir una actitud que, á pesar de ser ligeramente grotesca, ofrecía en cambio las ventajas de una situación definida.

¿A quién se podía encontrar en la playa sino á Muriel? Se paseaba en una compañía, no muy buena por cierto, que abandonó en seguida á la vista del grupo patriarcal.

Le fué anunciada la grata nueva; no tenía por qué sorprenderse, pues si hubo alguna mano oculta que alcanzase los cabos de aquel platónico idilio fué sin duda la suya. Apretó calurosamente la diestra de su amigo, oprimió con discreción la punta de los enguantados dedos de Norina, y la miró sonriendo.

Ella le dirigió la mirada más cándida y pura que hubo jamás presenciado el sol que los alumbraba.

Eran los dos tan perfectamente honrados que no pensaban siquiera en los zapatos de arena, que tan recientemente vaciaban juntos al pie del despeñadero.

Muriel los contemplaba impertérrito, á la manera de la de Anglois. Tampoco pensaba la joven, cometería Muriel la imprudencia de publicar el incidente de los zapatitos y de las medias caladas de hilo de Escocia.

La familia continuó su paseo, del cual Muriel tenía también derecho á disfrutar; desde el momento en que

Norina estaba oficialmente pedida por Lignón ¿por qué habían de separarla del fiel amigo de éste? Un poco más lejos, se oía la cascada voz de la de Anglois.

Rosina, sentada á corta distancia, hablaba con unos amigos y Reyer, apoyado en un bastón, escuchaba.

La boca de la señora Anglois se cerró, como si la hubiesen puesto un candado, cuando vió el grupo que se acercaba; miró sobre todo á Muriel, con una intensidad horrorosa. Supo en seguida la noticia; la celebró con tal gracia y abandono que las finezas con que obsequiaba parecían caricias de gato; después volviéndose, hizo una seña á Rosina, la cual se acercó.

Reyer la siguió como sin darse cuenta.

—Se casan—dijo brevemente la señora de Anglois.

—Joven, os deseo toda clase de felicidades, que supongo las tendréis.

—Con un ángel como Norina—repuso Lignón—no puedo esperar más que una vida de dicha.

Norina, más linda que nunca, se ruborizó; y una sonrisa entre triunfal y pudorosa, jugueteaba en sus labios.

—Mi enhorabuena, señorita—dijo Reyer, que había pasado detrás del grupo y se encontraba junto á ella.

La ingenua le dirigió una mirada llena de reproches, de dolor, de ineficaz ternura.

—Me inmolan;—daba á entender con sus ojos—pero bien sabéis que sólo á vos amo.

Reyer sintió un arrebato de cólera.

—¡Se casa; pero no ha abdicado!—pensaba: Y volviéndose hacia Rosina, se la llevó aparte con disimulo y le habló de cosas fútiles, con una voz para ella muy agradable; pero que él no empleaba á menudo.

XI

—Perfectamente; ¿pero cuándo nos casaremos?— dijo Justino á su futura suegra.

—Norina es demasiado joven—dijo Eulalia con dignidad.—Será preciso esperar por lo menos diez y ocho meses!

—¡Diez y ocho meses!—exclamó Lignón;—las calendas griegas. Seis semanas querréis decir, y aun seis semanas...

Se discutió largo rato; pero la señora Guerbois, que gracias á su inesperada suerte tenía la sartén por el mango, se sirvió de este instrumento con el aplomo de la persona que no está segura de volverle á echar la mano encima. ¡Tenía ocasión de martirizar á alguien! y ese alguien era un yerno en expectativa. ¿no era este el momento oportuno de hacerle adquirir buenas costumbres?

Mantuvo pues su opinión sin dar á entender siquiera que el señor Guerbois podía dulcificar sus rigores.

—¡Diez y ocho meses!—dijo Lignón, que fué á lamentarse á la señora de Breteuil;—¡en ese tiempo me voy á consumir!

La ligera gordura del joven permitía admitir esa hipótesis sin miedo á grandes peligros; pero la Breteuil, siempre compasiva, prometió poner en juego su influencia, para impedir que los rigores de la señora Guerbois hicieran mella en la constitución del yerno.

Sin embargo, se debía esperar; en primer lugar se requería un ajuar; además Justino, que nunca había tenido la menor previsión, comprendía que necesitaba hacer algunas economías antes de introducir una mu-

jer á lo que él llamaba su hogar; su hogar se componía de dos habitaciones y una mala cocina...

¿Podría instalar á Norina en tan exigua morada? Esta amarga duda emponzoñó su existencia un momento, aunque no muy largo; los arrebatos de Justino eran violentos, pero breves; la vista de su joven futura, asomada á la ventana, calmó su inquietud. Con ella estaría bien en todas partes; por lo tanto toda su dicha estribaba en vivir á su lado.

Esperando que llegase el felicísimo día de su boda, entró Lignón en el nuevo estado de pretendiente oficial, y empezó sus regalos de flores, dulces y esos variados agasajos que, sin valer nada, cuestan muy caros.

Norina desempeñaba con suma facilidad su papel de prometida; nada más cómodo que dejarse mimar, cumplimentar y cubrir de requiebros y alabanzas. Generalmente, en sociedad todas estas manifestaciones se hacen con gran discreción; pero Lignón no era nada reservado: la adulación más absurda, el incienso á manos llenas, se le antojaba poco para la adoración de su ídolo.

El ídolo se dejaba querer, sonreía con gracia, demostraba perfecta ingenuidad y paseaba en torno suyo los inocentes ojos, que muy á menudo, se detenían en Reyer.

Para romper la monotonía de un hogar, que no divertía mucho á la señora de Breteuil, se propuso ésta fusionar cuando menos provisionalmente, los dos edificios contiguos, y de este modo sus moradores se reunían por las noches, ya en casa de una, ya en la de la otra, de ambas señoras vecinas.

Rosina tocaba el piano; Lignón, al principio, aparentaba seguir con interés los trozos musicales; mas

luego, notando la frialdad de su prometida, comenzó á hablar en voz baja, cuando llegaba algún pasaje ruidoso; después, iba animándose poco á poco, hasta que, por fin, el murmullo de la conversación se convirtió en pedal obligado para la complaciente Rosina, la cual, al notarlo, abandonó disgustada su instrumento, pues, para un ejecutante, no hay nada más insoportable que oír ese susurro de la charla, que demuestra palpablemente el poco caso que de la música hacen los que lo producen.

—¿Por qué no se pone al piano Rosina?—preguntó al siguiente día la señora de Breteuil.

—Porque esos enamorados son irresistibles—repuso la de Anglois—Yo misma se lo he prohibido; de ese modo, Lignón se verá obligado á hablar un poco más alto, y podremos saber lo que dice, que debe de ser muy interesante.

—¿Cómo? ¿Es por eso? Voy á reñir á Norina por haber hablado durante el concierto. Eso es una falta de educación.

—¡Ya os dije que no estaba muy bien educada!, pero no importa, dejad á esos tortolitos; concluirán por hacernos mucha gracia.

Edmundo Reyer, según costumbre, no decía nada; Rosina hacía puntilla con loable aplicación. De pronto ambos jóvenes se miraron sin pronunciar palabra y sorprendieron en sus caras una expresión tan cómica, que rompieron á reír.

La señora de Breteuil iba á preguntar la causa de tal hilaridad.

—Dejadlos,—dijo su vecina,—se han comprendido; ya saben ellos lo que los divierte, nosotros no tenemos necesidad de saberlo, ¿verdad Rosina?

—No es necesario, tía; sin embargo, si lo deseáis...

—No lo deseo—respondió tranquilamente la señora Anglois.

La de Breteuil miró á los dos jóvenes con una nueva atención. ¿Cómo? ¿sabían sin hablarse lo que les hacía reír? Y con esto, parecían siempre tan tranquilos, nunca indiferentes; pero tampoco turbados como si fueran simples conocidos de salón...

Una pregunta asomaba en los labios de la buena señora; pero no osó formularla.

La de Anglois que la miraba con aire digno, preguntó á su sobrina:

—¿Qué día cumplirás los veintiún años, Rosina?

—El veinticinco de Septiembre, tía.

—Muy bien, hija mía, me alegro saberlo mucho.

La mirada de la de Breteuil pasó de unos á los otros con la misma decisión; algo le ocultaban; pero tenían un aire tan tranquilo y poco misterioso, que decidió, puesto que nada le importaba, no pensar más en ello.

Reinaba profundo silencio, cuando se oyó dos ligeros golpes en la puerta, y se presentó Norina con aquella recatada modestia, que era su mayor encanto.

—Estáis aquí, mi buena amiga —dijo titubeando— no creí encontraros.

—¿A quién venías, pues, á buscar, si no es á mí?—dijo en tono de broma la señora de Breteuil.

Los ojos azules se clavaron tan francamente en Edmundo que éste sostuvo la mirada con la misma naturalidad; pero en seguida se volvieron las turquesas hacia Rosina, la cual esperaba con la aguja en el aire y con aspecto desenvuelto.

—Quería pedir á Rosina que me prestase su álbum de modelos para labores de encaje. Dispensadme, señora,—añadió dirigiéndose á la de Anglois—me ha-

bían dicho que os hallabais de paseo con la señora de Breteuil.

—Pues como veis, no he salido—contestó la de los abalorios, arrellenándose en su sillón—y me alegro, pues así tengo la satisfacción de recibir vuestra visita... Rosina, ve á buscar el álbum que desea esta señorita.

La actitud de la pesimista mujer no podía ser más burlona al decir aquellas palabras, que pronunció con indiscreta ironía.

Norina estaba contrariada: la presencia de las dos señoras le había sorprendido bastante y, viendo trastornados sus planes, no sabía á qué carta quedarse.

Se acercó á la de Breteuil, y deslizó tiernamente una mano entre las de la buena señora, y por ésta escudada miró en derredor suyo, mientras desaparecía Rosina.

La señora de Anglois cambió de sitio, y se colocó de espaldas á la joven, de la cual, gracias á un espejo que tenía enfrente, expiaba todos los movimientos.

Norina no conocía aún la gran variedad de servicios que pueden prestar los espejos; por lo cual cayó inocentemente en el lazo, y no se privó de contemplar á Edmundo.

Este que había empezado á dialogar con la señora de Breteuil parecía no darse cuenta de la atención que le prodigaba la chiquilla. Hablaba un poco más de prisa, y en voz más alta que de ordinario. Al cabo de largo rato, volvió Rosina y entregó á su compañera los dibujos que ésta había solicitado.

—Vámonos—dijo la señora de Breteuil, que adivinaba algo extraño en todos aquellos sencillos y vulgares incidentes.

Norina la siguió, y volvieron las dos á su casa.

—¡Esa muñeca!—murmuró de Anglois, cuando se convenció de que sus visitantes habían regresado ya á la casa vecina.—¡Esa chiquilla!

La mirada de Rosina le interrumpió; su tia se acercó á ella y, ¡cosa rara en una mujer tan poco cariñosa! colocó sus manos sobre los lindos hombros de la joven, y después de hacer sobre ellos una amistosa presión, recuperó su asiento, diciendo á su sobrina:

—¡Haz un poco de música! que ya sabes cuanto nos gusta.

La señora de Guerbois, consideró llegada la hora de regresar á la capital, y propuso á Justino que la acompañase en su viaje. La proposición pareció tanto más aceptable á Lignón, cuanto que se extinguía ya el permiso concedido por la casa Corroyeur. Por consiguiente, obedeció gustoso.

La última noche fué desgarradora para las almas sensibles. Lignón parecía la estatua de la desesperación, su desconuelo era tan grande, que la señora de Breteuil se vió obligada á tranquilizar un poco al joven. Después de comer, acto que realizó en compañía de su futura familia, la buena protectora le atrajo hacia ella, arrancándolo á la contemplación de su ídolo que se dejaba admirar plácidamente.

—¡Vamos á ver—dijo la anciana—no merece la pena disgustarse tanto, por una separación de tres semanas! Confieso, hijo mío, que os habéis inflamado demasiado de prisa, sois peor que la yesca.

Hace veinte días no conocíais aún á vuestra amada; y ahora, no podéis ya vivir si no es á la sombra de su sombrilla.

—¡Si supierais cuanto la amo!—repuso Justino con una mirada capaz de hacer volar un polvorín...

El objeto de su ardor se hallaba de perfil, y sus

ojos, vagando por el otro extremo del salón, interrogaban las iluminadas ventanas de la casa de Anglois, donde, por lo visto, terminaban también la comida.

—¡Quién lo duda! No habéis tratado de ocultarlo; pero hay varios modos de amar; á mí me parece, es decir, tengo una vaga idea de que el vuestro no es el mejor.

Justino, sorprendido, miraba á la anciana.

—No,—continuó ésta, exponiendo ideas aun no emitidas y aprovechando una especie de valor repentino.—Alabáis demasiado á Norina y la tratáis como á una mujer, cuando aun no es más que una niña; tenéis que educarla, y si os limitáis á adorarla humildemente, el día que tratéis de darle un consejo os costará mucho trabajo hacer que ella lo siga... ¡Os lo aseguro!—exclamó un poco enojada por el enfurruñado silencio de Lignón—os afirmo, que si no cambiáis vuestra manera de ser, no seréis el amo en vuestra casa...

—¡Oh, señora! ¡Líbreme Dios de ser el amo! ¡El amo! ¡Palabra cruel, reminiscencia de pasados tiempos! ¡Recuerdo de un denigrante dominio, de una inicua esclavitud, que por largo tiempo ha pasado sobre la mujer! Lo que yo quiero, es una compañera, una inspiradora, una mujer que comparta mi vida y mis ideas. ¿Qué mejor modo de conseguir esto, que hacer de mi prometida una amiga?

—No se hace una amiga de una joven, á quien se trata como á un niño mimado—replicó la señora de Breteuil.

Lignón se hallaba tan desolado, que la señora de Breteuil se apresuró á añadir:

—Os hablo así, por vuestro bien, querido amigo.

—Os lo agradezco, señora—replicó el desgraciado, con el mismo acento con que se da las gracias á un

dentista que acaba de arrancarnos una muela.

Norina hizo un pequeño movimiento; las luces que antes se veía á través de las ventanas de Anglois, habían sido apagadas, y momentos después se oyó el timbre de la puerta.

Eran la señora de Anglois, su sobrina y Reyer, el cual comía casi todos los días con aquellas.

Al poco rato apareció Muriet.

Toda vez que Norina estaba ya pedida, se le podía recibir sin temor, y además, ¿cómo cerrarle las puertas, sin dar lugar á comprometedoras preguntas por parte de la señora de Guerbois?

Continuaron llegando algunas otras personas. Lignón se preocupaba muy poco de éstas. Sentado junto á su amada, no hubiera cambiado su sitio por el imperio de los czares.

Norina opinaba de manera muy distinta. Cuando á los dieciseis años se está al lado de un prometido enamorado hasta el ridículo, no cabe más que dejarse adorar; pero esto es poco entretenido, pues los únicos que gozan con ello son los indiferentes que lo presencian.

Había particularmente cierto rinconcillo del salón, en donde Breteuil, Rosina y Reyer, refan con toda su alma.

¿Qué podría hablarse en aquel ángulo? ¡Cuánto no hubiese dado la joven por abandonar las dulces palabras de su futuro y correr allí, á donde su presencia hubiera cortado probablemente aquellas risas que la ingenua consideraba como una provocación!

Muriet se unió al grupo, en el cual continuaba la jovialidad. A veces se dejaba oír la voz de Reyer, cuya lengua, cual acerada punta, atacaba al arquitecto con sátira mordaz; pero recubierta con una capa tan

espiritual é irreprochable, que la víctima no podía darse por ofendida.

¡Qué hermoso era Edmundo, con aquellos ojos tan vivos, aquellos ademanes llenos de vigor y la superioridad de su educación intelectual y moral! Muriel, era un chiquillo comparado con él.

Inconscientemente Norina detuvo sus ojos en su prometido, el cual, esta vez, le pareció más feo y mezquino que nunca.

—Viviremos únicamente uno para otro, ¿verdad adorada Norina?—murmuraba el apasionado Lignón.—El resto del mundo no existirá para nosotros; ¿os importa algo el mundo?

—No sé—repuso candorosamente la ingenua.

—¡Adorable niña! El mundo es una colmena en donde se recibe muchos picotazos; los que aspiran á la felicidad deben preservarse de él. No digo que más tarde, cuando yo me haya abierto paso en el mundo de las letras, no podamos ir á todas partes con la cabeza levantada. Entonces seremos los vencedores de esta sociedad que...

Y dejó correr á oleadas su elocuencia, durante bastante tiempo. Cuando se detuvo para tomar aliento, Norina le dijo con su armonioso acento:

—¿Y el teatro?

—¿El teatro? ¡Oh, algún día lo abordaré! Tengo en proyecto una obra... ¡ya veréis!

Norina miró á su futuro con cierta admiración; le creía, ¿y por qué no había de creerlo? Esto halaga su amor propio.

Sin embargo, volviendo al terreno práctico, rectificó:

—Me refería á las representaciones teatrales. ¿Me llevaréis alguna vez?

—Iremos cuantas veces queráis—repuso Justino, sonriéndose.—Cuento con amigos en varios periódicos y tendremos billetes al por mayor.

¡Ya era algo! Norina desplegó con su prometido una amabilidad extraordinaria. Mientras hablaban, Muriel los contemplaba con el rabillo del ojo, y la señora de Anglois observó una sonrisita que, entre compasiva é irónica, dirigía el arquitecto á la prometida de su amigo, la cual contestó con una mirada muy digna y no desprovista de afecto.

—¡Vaya—pensó la pesimista señora—menos mal!

La noche se echaba encima; las visitas se retiraron y sólo quedaban reunidos los moradores de los edificios colindantes.

—Es preciso que os digáis adiós, hijos míos—dijo la señora de Guerbois, que se caía de sueño.—Nos vamos mañana á las seis.

Rosina hizo un movimiento para retirarse; su tía la retuvo con un ademán imperceptible; le gustaba asistir á esas despedidas.

Reyer permanecía en pie, con el sombrero en la mano, dispuesto á acompañar á sus amigas.

Justino se adelantó, muy pálido, y depositó un tierno ósculo en las mejillas de Norina. ¡La separación era dura! La señora de Anglois reprimió una sacudida tan viva, que clavó uno de sus codos en el costado de Rosina. Cuando Lignón, realmente conmovido, besaba á su amada, ésta miró apasionadamente á Reyer.

—¡Vámonos!—dijo bruscamente la de Anglois.—¡Vamos de prisa; todo el mundo afuera!

Empujó á su sobrina y á Reyer, se despidió lo más lacónicamente que pudo y no se sosegó hasta verse rendida por el sueño